

PRECIOS

MADRID

Tres meses.. 9 rs.
 Seis id. 16 »
 Un año. 30 »

PROVINCIAS

Tres meses.. 10 rs.
 Seis id. 18 »
 Un año. 34 »

NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS.

DIRECCION.

Plaza de Matute, núm. 2.

PRECIOS

EXTRANJERO

Tres meses.. 22 rs.
 Seis id. 38 »
 Un año. 74 »

Francia.—Pueden hacerse las suscripciones enviando á esta Administracion el importe en sellos franceses del correo. Se suscribe en la Habana: Propaganda literaria, calle de O'Reilly, núm. 54.

AMÉRICA

Seis meses.. 38 rs.
 Un año. 70 »

FILIPINAS

Seis meses.. 60 rs.
 Un año. 100 »

ADMINISTRACION,

Plaza de Matute, núm. 2.



COSAS DEL DIA

À estas horas, segun lo hayan dispuesto los señores radicales de la mayoría, que son los sabios que se han encargado de hacernos felices, vamos al decir, tendremos un ministerio nuevo, ó tendremos el mismísimo ministerio, ó tendremos una modificacion parcial de ministerio, es decir, que habrá salido un sabio para que entre otro no ménos sabio.

Y pregunto yo: ¿qué vamos ganando con todo eso?... Nada entre dos platos, caballeros, de un modo ó de otro seguiremos como estamos, es decir, cada vez peor, hasta que se acaben de disgustar unos cuantos generales...

Y lo de siempre. Esto, señores, no tiene compostura; estoy persuadido de ello.

El mal es crónico. La política se reduce aquí á doscientos ó trescientos ambiciosos que tienen que hacer papelón, contra la voluntad de Dios, que no tienen oficio ni beneficio, ó si tienen oficio, no quieren trabajar, y en cuanto á beneficio, piensan que el mejor es el que produce el mangoneo de la cosa pública.

Me parece que me explico. Esos señores tienen detras masas de tontos de capirote que creen á piés juntillos lo que les dicen, y que se contentan con que los dejen hablar en los comités, y les escriba cartitas algun personaje, y les echen, si á mano viene, una piltrafilla de la mesa del presupuesto, si no les sucede que cuando suben los suyos les pegan con la puerta en los hocicos, y si te he visto no me acuerdo.

Comedia, comedia que á veces reviste el carácter de tragedia, y casi siempre raya en sainete.

El estudio de lo que es la politiquilla en este pais, puede hacerse perfecto registrando las colecciones de los periódicos de diversas épocas.

En 1867 y 1868, los periódicos ministeriales hablaban como hablan hoy *La Iberia*, *La Nacion* y demas, y estos lo mismo que hablan hoy los de oposicion.

Entónces se abusaba por el gobierno. Ahora, dos cuartos de lo mismo. Entónces se criticaban las aficiones religiosas de la reina. Ahora idem de lienzo. Entónces la Hacienda estaba perdida.

Ahora perdidísima. Entónces se perseguia á los periodistas. Ahora ¡no digo nada! En fin, farsa, farsa, farsa. Los politicos de todos los partidos son iguales.

Para mi, crean Vds. que no hay diferencia entre unos y otros; el afan de todos es mandar; el sistema de todos malditísimo; y el pueblo, y las clases contribuyentes, y todos tenemos la culpa de que se juegue con nosotros á la pelota, porque somos tan retontos que elegimos siempre diputados á los que han hecho un oficio de la política en provecho propio, y no á gente que no viva de la política, sino de su trabajo.

Me parece que no me muerdo la lengua. Pues todo es predicar en desierto.

Vendrán otras elecciones, y vuelta á elegir á Olózaga, á Ruiz Zorrilla, á los librecambistas, á Becerrita, y á los de siempre.

Y así nos va tan bien. Con que aguantémonos por la buena, que nosotros nos lo hemos buscado, y ningun pueblo tiene otro gobierno que el que se merece.

—¿No os lo habia dicho yo? dijo Margarita; como es tan tímida... Eso está muy bien... ¡Ojalá pueda conservar siempre esa modestia!

La hermosa mano de Blanca tomó la del joven bachiller, y le condujo cerca de la chimenea. Al sentir el contacto de aquellos sonrosados dedos, Urbano, lleno de felicidad, murmuró en voz baja:

—¡Oh, señorita, qué buena sois!

—¡Qué bonita voz tiene! exclamó Blanca en seguida. Me parece que la he oído otra vez... Es particular... No puedo acordarme...

—Os engañais, hija mia, dijo Margarita. Pero pensad que no la podemos tener aquí mucho tiempo y que nos tiene que contar una historia.

—Dejadla descansar un momento, dijo Blanca; parece que está muy fatigada... ¿Queréis alguna cosa?

—Muchas gracias, dijo Urbano, fijando sus miradas en la joven y bajando los ojos en seguida por temor de que leyera en ellos todo el amor que albergaba en su pecho; pues comprendia que no era ocasion á propósito para darse á conocer. Además, era tan feliz al lado de Blanca, que queria prolongar su felicidad todo lo posible, y gracias á su disfraz podia conocer su carácter mucho mejor que en su traje, pues delante de un amante la mujer más franca es siempre tímida, mientras que delante de otra mujer deja conocer sus menores impresiones.

—¿Buscáis una casa en donde entrar á servir? dijo Blanca sentándose junto á Urbano.

—Sí, señorita.

—¿Y hace mucho tiempo que estais en Paris?

—Unos quince dias.

—¿Y vuestros padres?

—No los tengo; soy huérfana...

—¡Pobrecita!... lo mismo que yo... yo tambien soy huérfana; y si M. Touquet no me hubiera recogido, hubiera tenido que trabajar para poder vivir...

—¡Vos!... dijo Urbano con vehemencia; pero en seguida se contuvo, y murmuró á media voz:

—¡Hubiera sido una desgracia!

—Mi querida Blanca, dijo Margarita, no ha venido aquí Úrsula para que le conteis vuestra historia sino para que nos revele un secreto... ¡Vamos, hablad, hija mia!

Margarita se sonrió ligeramente, y dió llena de satisfaccion un golpecito en el brazo de la aldeana, porque la lisonja es una flor cuyo perfume no gusta aspirar en todas las edades.

—Hablad, hablad, pues, dijo Margarita.

—¡Oh! es una historia muy larga, y ahora tengo que ir á muchas casas... Además, le tengo mucho miedo á la Cámara Ardiente, y si os la contara en la calle me podrían oír y tomarme por una hechicera... y sin embargo, ¡Dios es testigo de que no conozco la magia, que temo más al diablo que á los hombres!... Si quereis, puedo ir esta noche á vuestra casa, y os lo contaré todo!!!

—¡Oh! ¡oh! dijo Margarita, cuya curiosidad se habia excitado más y más; ¿esa historia tiene, pues, algo de extraordinario?

—Sí, señora...

—El caso es que es muy difícil poder recibirnos en mi casa... ¿En dónde vivis, hija mia?

Urbano dudó un momento hasta que contestó al fin.

—Junto á la puerta de San Antonio...

—¡Dios mio!... está á una legua de aquí... No podria llegar hasta allí... y por otra parte, mi amo es muy severo y no quiere que se reciba á nadie en casa... Margarita reflexionó algunos instantes, hasta que al fin venció su curiosidad.

—Bueno, dijo, venid á las siete... ya será de noche... pero mirad bien... es en esa casa de ahí abajo...

—¡Oh! no tengais cuidado, no me equivocaré.

—No llameis, esperad junto á la puerta, que yo bajaré á abrir. A esa hora no me necesita mi amo, por lo regular, y no abandona la sala baja.

—¿Cómo os llamais?

—Úrsula Ledoux.

—Sobre todo, querida Úrsula, os encargo que no vayais á hablar con nadie de todo esto. No es ningun crimen el recibirnos en casa, pero mi amo es un poco ridículo, y podria no gustarle; además, hija mia, en todas las cosas es menester tener discrecion... ¿Me contareis vuestro secreto esta noche, no es verdad?...

—Sí, señora.

—¡A las siete en punto!

Yo no soy demócrata, ¿qué he de ser? no me quiero yo igualar con todos esos señores democráticos que llevan ya cruces hasta en las rodillas, porque no les caben en el pecho, pero el gobierno que yo quisiera no puede ser más democrático.

¿Quiéren Vds. verlo? Pues ahí va.

Un gobierno de seis ministros, y son bastantes, sin coche pagado por el Estado, sin consignación de gastos secretos, sin cruces grandes ni chicas, con tratamiento de Vd., y basta.

Supresión de todos los empleados de más de 40.000 reales, que no sirven más que para comer un lado al país; aumento de empleados, previa oposición, de 10 y 12.000 rs., que son los que trabajan.

Licencia absoluta á la mitad de los generales, y en premio á sus servicios se les daría un rancho diario en el cuartel de inválidos.

Supresión de toda arma en manos del pueblo soberano.

Libertad absoluta de la prensa, y al periodista que dijera una cosa y no la probase, un suelto en *La Correspondencia*, en la *Gaceta* y en el *Diario de Avisos* diciendo: *D. Fulanito ha mentido al escribir esto ó lo otro*. Y á los tres sueltos por el estilo, D. Fulanito tenía que buscar otro oficio.

Congreso de gente independiente, y que tuviera que perder, con exclusión de todo empleado, excepto los ministros.

Una escuela en cada calle, y dos ó tres en cada pueblo, con maestros bien pagados.

Supresión de todo gasto de lujo, y desarrollo de las obras públicas, protección á la industria y á las artes.

Unidad católica, y el que no quisiera ser católico, que no lo fuera, pero sin derecho á hacer alarde de ello y á escandalizar.

Responsabilidad ministerial, y á presidio el ministro que, despues de un escrupuloso exámen de sus actos, no saliera más limpio que una paloma.

Y en fin, mucho órden, mucha economía, manos muy limpias, y cada cual á su trabajo, y los vagos á Fernando Póo.

Pero este gobierno no conviene á los politiquillos. ¿Cómo se iban á lucir los farolones?... Lo que les conviene es lo que hay.

Adelante con los faroles.

Vaya, respiremos.

Dicen algunos que el ministerio sigue.

Por supuesto que está el tal ministerio prendido con alfileres, no por otra cosa sino porque hay muchos de sus amigos que quieren ser ministros, y se cansan de esperar.

Hombre hay que no piensa más que en el coche que tendrá gratis cuando lo sea.

¡Ya les daría yo coche!...

Si que se lo pondría, coche de tercera, y sin parar, hasta el Congo.

Abur, señores.

Notarán Vds. que estoy muy incomodado. No lo extrañen Vds.; me han pedido dos duros más, sobre cinco que dí, por lo que comí en el banquete en obsequio de los portugueses.

No me consolaré nunca de haber gastado un día siete duros en comer.

Me está bien empleado por haberme echado á progresista un día.

No lo volveré á hacer.

EN LAS OFICINAS.

—¿Sabe V. lo que pasa, D. Judas?

—¿Qué?

—Cae el ministerio.

—Eso me han dicho, pero no lo creo.

—No tenga V. duda.

—Eso son cosas de la oposición.

—Cuando le digo á V.

—Es que V. me parece algo federal, y como ya se sabe que los federales están vendidos á los montpensieristas, que quieren limpiarnos el comedero.

—¿Qué dice V.?

—Todos los de la oposición son unos pillos.

—¡Hombre!

—A bien que el gobierno tiene la culpa. No, como yo fuera ministro no había de reirse. Al primero que me chistara le enviaba á Fernando Póo.

—Yo, que le creía á V. tan liberal.

—Porque lo soy quiero que deporten á todo el que ponga en peligro mi destino.

—Pues lo cierto es que esta gente se larga. No hay que dudar.

—Pero, diga V., ¿todos los ministros?

—Todos.

—¿También el nuestro?

—También. Yo siento darle á V. esta mala noticia.

—¿A mí?

—Como es V. pariente suyo.

—Vaya un parentesco, que no le alcanza un galgo.

—Pues si decía V. que era tan cercano...

—Yo nunca he dicho eso. Y la verdad es que... ¿se sabe quién sube?

—Se habla de un ministerio progresista.

—Entonces... yo tengo la cruz de las barricadas del 54, con que ya ve V. que puedo estar tranquilo.

—Aunque otros dicen que los que tienen mas probabilidades son los conservadores.

—La verdad es que tienen más talento que los revolucionarios, y lo que hace falta en España es mucho palo, porque ya ve V. que *La Internacional* hace grandes progresos. No me disgustaría un ministerio Cánovas, y no lo digo porque mi mujer sea amiga de la hermana del suegro de su primo... yo soy desinteresado. Pero conozco que ese malagueño tiene mucho entendimiento, y al fin y al cabo los principios conservadores son el puerto de salvación de la sociedad.

—Sin embargo, yo, digan lo que quieran, creo que se formará otro ministerio de conciliación, tal vez presidido por el brigadier Topete.

—Ese es el hombre de la revolución. Lo dije desde el primer día. ¡Tan franco, tan campechano, tan desinteresado! Cuando vino á Madrid me presenté á felicitarle en nombre de los liberales de mi barrio, y me recibió como si toda la vida hubiéramos sido amigos... Esta noche iré á dejarle una tarjeta.

—¿No trabajas chico?

—No.

—Pues mira, que hay una porción de expedientes.

—Que los haya.

—Y luego el jefe regaña.

—Que diga lo que quiera. Yo en habiendo crisis no cojo la pluma.

—No faltará.

Urbano se alejó lleno de satisfacción al ver el feliz éxito que había tenido su estratagema, mientras que Margarita se dirigió á su casa murmurando:

—Tiene esa jóven un aire tan dulce, y parece tan buena, que no tiene nada de particular el que la reciba en casa... además, eso distrae un poco á mi pobre Blanca, que desde hace algunos días parece más triste que otras veces... ¡Esta noche sabré el secreto!... ¡qué largo se me va á hacer el tiempo hasta las siete!...

Margarita subió cuando llegó á la casa á la habitación de Blanca, la cual, desde la noche de la serenata, estaba más triste y más pensativa que nunca. La vieja criada se aproximó á la jóven y le dijo con tono misterioso:

—¡Esta noche tendremos una visita!

—¡Una visita! dijo Blanca ¡ah! ¡será M. Chaudoreille!...

—¡No! Es una aldeana muy buena y muy amable, á quien no conocéis. Una pobre niña que posee un tesoro... y que busca una casa donde entrar de cocinera... para eso ha venido á Paris... Tiene mucho miedo al diablo... y sin embargo no teme nada...

—Pero no comprendo...

—¡Chis! ¡chis! ¡callaos! esta noche vendrá y nos contará su historia... ya vereis, tiene un secreto, el cual nos va á descubrir esta noche... ¡Pero silencio! no es menester que se entere M. Touquet porque quizás prohibiría á la pobre Úrsula que viniera á hablar con nosotras, y lo sentiría mucho... por vos, se entiende, porque eso os distraería un poco.

—¡Oh! no tengais cuidado, no diré ni una palabra, exclamó Blanca saltando llena de alegría, porque el anuncio de aquella visita era para ella un suceso extraordinario, y la menor novedad es un gran placer para las personas que pasan una vida monótona y sin distracciones.

Por eso, una tempestad suele distraer á un pobre prisionero; y una botella de vino puede ser un regalo para el aldeano acostumbrado á no beber más que agua, el sonido de un organillo una música deliciosa para un campesino, un billete para el teatro colmará los deseos de un pobre obrero, un vestido de indiana puede hacer feliz á una honrada griseta, y el domingo es esperado por lo mismo con impaciencia por los que están trabajando el resto de la semana, mientras que para muchas personas los espectáculos, los banquetes, la música y los trajes no hacen latir lleno de alegría su corazón. Ahora bien. ¿Serán los pobres más dichosos que los ricos?

Por fin dieron las siete en el reloj de San Eustaquio; el barbero hace ya rato que se ha encerrado en su habitación y Margarita bajó la escalera cuidando de hacer el menor ruido posible, y cubriendo la luz con la mano.

Despues abrió la puerta de la calle y se encontró con la aldeana, que hacía más de un cuarto de hora que la estaban esperando.

—Muy bien, dijo Margarita, sois exacta; pero no habéis, haced el menor ruido posible, andad con cuidado, y dejaos conducir por mí.

Urbano hizo un ligero signo con la cabeza, y entró en la casa, despues de lo cual cerró Margarita la puerta, teniendo cuidado de que no produjera ningun ruido.

Desde el momento en que nuestro enamorado penetró en la casa del barbero, le pareció que respiraba un aire más puro, al considerar que allí habitaba la mujer á quien adoraba, y se creyó transportado al quinto cielo al subir por una tortuosa escalera, cuyas ennegrecidas paredes le parecían más hermosas que los mármoles y los tapices del Louvre.

—Ahora vais á ver á mi señorita, dijo la vieja criada; ya la he prevenido... pero no tengais cuidado, es tan amable como buena; podeis hablar sin cuidado delante de ella, es la discreción en persona... además, no ve á nadie nunca. Mi amo no quiere que la vea ninguno de esos hombres desalmados, que no quieren más que robar la tranquilidad á las jóvenes inocentes... ¡Es verdad, que mi señorita Blanca es muy hermosa y volvería loco á cualquiera! Pero ahora juzgareis por vos misma. ¡Vamos! ¡Entrad! ¡Ya hemos llegado á su habitación! ¡No tengais miedo! ¡No tembleis así!

Urbano temblaba en efecto, y su corazón latía con tal violencia, que se tuvo que apoyar en la pared.

En este tiempo, Margarita abrió la puerta y dijo á Blanca:

—Aquí está...

Blanca se levantó para ver á la jóven aldeana, á la cual la dirigió la más amable sonrisa. Urbano levantó los ojos, y al ver á Blanca aumentó su emoción. A través de los cristales no había podido distinguir sino muy imperfectamente el rostro de la jóven, y al verla ahora, le pareció cien veces más hermosa que la imagen que había formado en su imaginación. Se quedó, pues, inmóvil, sin atreverse á dar un paso; pensaba si sería todo aquello un sueño, y miraba con delicia á la hermosa jóven, la cual le tomó la mano al mismo tiempo que le decía:

—Vamos, entrad... Sentaos, arrimaos al fuego. ¿Por qué teneis miedo?

— Verdaderamente que cuando no sabe uno si dentro de tres dias estará cesante, no vale la pena de sudar mucho.
 — Pues es claro.
 — Para marcharse á la calle lo mismo dá trabajar que no hacer nada.
 — Eso digo yo.
 — Pues mira, si á mí me dejan cesante, me fastidian.
 — ¡Y á mí, no digo nada!
 — Aún no he acabado de pagar la ropa que me hice cuando me emplearon.
 — Y yo me he casado confiando en el destino.
 — Pues me parece que podemos contar con la cesantia.
 — Yo la tengo por segura.
 — Á mí me trajeron aquí por ser primo del ministro.
 — Y por la misma razon te echarán ahora.
 — Sí, ya comprendo que el ministro que venga también tendrá primos.
 — Todos los ministros los tienen á docenas.
 — ¡Es tan cómodo comer del presupuesto!
 — ¡Y tan descansado!

— ¿Con qué es preciso ir preparando el testamento?
 — Sí, porque llegó la de vámonos.
 — V., ¿qué quiere?
 — ¿Yo?... Como quien dice, nada.
 — ¡Hombre!
 — Si pudiéramos dar un ascenso á mi cuñado...
 — Se le dará ¿Cuánto tiene?
 — Ocho mil reales.
 — ¿Quiere los doce?
 — Diez y seis quería.
 — Pues haga V. un hueco y traigame V. la credencial á la firma.
 — También descaria que trasladáramos á mi sobrino.
 — Corriente.
 — Y mi chico se ha empeñado en tener una cruz.
 — Le daremos una encomienda. Y V., ¿no quiere alguna crucecita?
 — No señor, bastante cruz tengo con mi mujer y mi suegra, y quedarme cesante por añadidura.
 — Pronto subiremos otra vez.
 — Dios lo quiera, pero lo dudo.
 — Diga V., ¿qué recomendaciones tenemos?
 — Un diluvio.
 — Es preciso atender á todos. Quiero que los amigos queden contentos.
 — Es el único medio de que nos ayuden á derribar á los que vengan y á ocupar su puesto.

— Hola, D. Cosme.
 — Buenos dias.
 — ¿Qué escribe V. en papel sellado?
 — Mi dimision.
 — ¿Dimision?
 — No estoy conforme con la política del gobierno. Los sucesos del domingo me han indignado.
 — ¿Es V. carlista?
 — Dios me libre.
 — ¿A qué partido pertenece V.?
 — ¿Yo?...
 — Sí.
 — Pues... ¿se sabe quién sube?
 — Pero, ¿cae por fin el ministerio?
 — Es claro.
 — ¡Ya!
 — ¿Qué?
 — Ahora comprendo por qué no está V. conforme con su política.
 — Ea, nada de bromas, que estos son asuntos muy serios. De veras, ¿no sabe V. quién sube?
 — No.
 — Pues es preciso olfatear algo, ponerse sobre la pista...
 — Si, para volver aquí con ascenso.
 — No pienso en tal cosa. A mí no me conviene ser empleado. Yo estaba aquí por compromiso...
 — Ya me hago cargo.
 — Pero me he perjudicado mucho. Estos dos años me cuestan seis mil duros que hubiera ganado en mis negocios.
 — ¿Qué piensas hacer, Antonio?
 — Me vuelvo á mi periódico, y palo fuerte al gobierno.
 — Bien hecho.

— Ya estaba cansado de ser ministerial.
 — Y luego que contigo no se han portado bien.
 — ¿Qué se han de portar!
 — Yo creí que te nombrarían gobernador.
 — Pues ya ves, no me han dado más que veinte mil reales. Otra vez andaré más listo.
 — Te descuidaste mucho al principio.
 — Yo creí que no necesitaba pedir nada.
 — Pues hijo, el que no llora...
 — Despues de los servicios que he prestado al partido...
 — Los hombres políticos son muy ingratos.
 — Mucho. Les ayuda uno á hacerse ministros, y luego con cualquier cosa creen que ya le han satisfecho.
 — Lo malo es que no hayas conseguido ser diputado.
 — No han querido ayudarme.
 — Pues, chico, yo que tú me pasaba á los que veagan.
 — Hombre, si me dejaran el destino.
 — No me parece difícil.
 — Allá veremos.

LAS VERBENAS.

— ¡Qué deliciosa fiesta es la de la verbena!
 — Allá en el siglo XVII, todo se reducía á misteriosas aventuras, á citas amorosas, chascos ingeniosos y discretos y donaires, amen de algun que otro desafío entre caballeros por los bellos ojos de una dama ó por el carácter suspicaz y receloso de un marido en ascuas... pero ahora, en estos tiempos democráticos y de derechos individuales, las verbenas revisten otro carácter, y no es esto lo malo, hablando en puridad, sino que se encuentra uno cada palo que canta el Credo, y á poco que se meta entre la selecta concurrencia y se acerque allí donde riñan dos amigos, se encuentra uno con un tiritito, sin comerlo ni beberlo, ó con un navajazo democrático, ó á lo ménos, y bien puede dar gracias á Dios, si así sale del mal paso, con una bofetada de cuello vuelto que iba dirigida á un mozo que estaba detras, y esquivó á tiempo el enjuto y resalado rostro.

Yo estuve en la verbena de San Juan, y no me sucedió nada, Dios sea loado; pero no porque no hubiera peligro de que me sucediese algo, sino porque la Divina Providencia quiso favorecerme, y en verdad que le estoy, como debo, muy agradecido.

Por el Prado iba yo, por lo ancho, que á mí no me gusta ir por lo estrecho nunca, y por cierto que iba oyendo embebecido la jota del *Molinero de Subiza*, que detras de mí venía tocando una lucida compañía de gente del bronce, aunque cantándola con otra letra más democrática y un si es no es desvergonzada, pero en tiempos de libertad no ha de ir uno á incomodarse porque se canten desvergüenzas á grito herido en calles y paseos. El progreso lo exige así, y no he de ser yo refractario al progreso, que tan buenas cosas nos ha traído, además de trarnos este sistema de gobierno del bronce, digámoslo así.

— *Miá tú el sirbante*, oí que dijo una voz como de mujer, pensando piadosamente.

— Un lechugino aburrido, respondió con sumo donaire una voz como de hombre, que no debía estar reñido con el aguardiente.

Yo creía que lo decían por otro, pero no señor, era por mí, y así me lo dió á entender la comparsa atropellándome materialmente, y soltando al mismo tiempo todo género de denuestos contra este humilde lechugino, que no saben ellos lo que le cuesta ganar el gaban que lleva. No me tiraron al suelo, pero faltó poco, y sin embargo del susto, aún tuve aliento para gritar á la escogida sociedad: — ¡Vds. perdonen!

Uno se volvió y venía hácia mí, sin duda á castigar mi osadía, pero las mujeres de la comparsa le detuvieron diciendo:

— Deja á ese *cursi*!

Desde el fondo de mi corazon di gracias á aquellas caritativas mujeres, porque si no acaso me hubiera pegado aquel bárbaro algun metido que me hubiese hecho ir á Panticosa este verano, y tanto más lo temí cuanto que por allí cerca habia una pareja de individuos de orden público.

Varié de rumbo y me fui hácia el Dos de Mayo, pensando en aquellos héroes, tan distintos de los que hoy se estilan, y de pronto di un salto tan alto que no le daré igual en cien años que viva. Creí que me caía encima un rayo; pero no, era un cohete que un donoso jóven habia disparado en direccion á mi insignificante persona. Para que no le abrasase los ojos sin duda, habia inclinado la direccion, pensando cuerdamente que los míos le importa-

ban ménos que los suyos. Otro de estos cohetes, segun se decia entre el concurso, acababa de matar á un niño en los brazos de su madre. Ya ven Vds. que esto no tiene nada de particular; la pobre madre se quedó sin su hijo, y acaso enferme ó muera, no pudiendo resistir tan cruel desgracia; pero cada uno es libre para disparar cohetes dónde y como le acomode, y porque se muera un chico no se han de limitar ni restringir los derechos individuales. ¡Vaya! ¡Pues no se incomodaria poco Rivero si se tocase á un pelo de esos derechos tan torcidos!... Cuando ocurre algun excesillo, se castiga, ó no se castiga, segun los casos; pero prevenir y evitar que sucedan, eso no, eso no es ni medio democrático, y aquí tenemos que ser demócratas á la fuerza y á palos, si no de otro modo, nos ha de entrar la democracia en el cuerpo.

Repuesto estaba ya de ambos sustos, paseando cerca de unos apetitosos puestos de buñuelos, y pensando en comerme tres ó cuatro, si para ellos hubiese tenido dinero, cuando una mocita muy graciosa por cierto, dando un traspie, se agarró con ambas manos á las solapas de mi gaban, diciéndome:

— ¡Ay, caballero, que me caigo!
 Sostúvela yo con mucho gusto, porque en verdad era una lástima que se cayese tan garrida moza, y aún me parece que le dije algun requiebro, y en seguida voló ligera y esbelta como una corza.

Léjos ya de los puestos de buñuelos, venía á mi órgano nasal un tufillo á aceite no muy agradable por cierto.

A la luz de un farol me persuadí de que el aceite lo llevaba yo encima en las solapas de mi gaban, á las que se agarró aquella mocita para no caerse. El gaban, eso si, se ha quedado perdido, pero ea él guardo estampados los diez dedos de aceite de aquella donosísima jóven, que tan bien fingió la caída para darme una prueba de su gracia y travesura.

— Paso, caballero, oí á mi espalda, y dejé paso, y me descubrí respetuosamente; pero no se asusten Vds., no era nada; era un muerto conducido en una camilla y con acompañamiento de guardias de toda clase; llebávanlo al hospital y habia sido muerto de un tiro.

¡Un tiro! como quien dice, un grano de arena en el Océano; un tiro democrático, disparado por un ciudadano, por un hombre libre, que tiene derecho á usar armas, aunque no á disparar armas, pero, lo que él diria, las armas son para dispararlas, y si no se disparan no sirven para otra cosa; es así que yo como hombre libre que soy tengo derecho á usar armas, luego también lo tengo á dispararlas, y se la disparó á un amigo por no sé qué cuestion.

Y con esto emprendí el camino hácia mi casa, oyendo al paso algunas observaciones de los concurrentes á la verbena.

— A tí te voy yo á cortar la cara, decia uno á una.

— Esta noche le pego yo un palo al que se me ponga por delante, dijo otro ciudadano.

En seguida me puse detras y á distancia de aquel caballero.

— Es que te advierto que traigo el *revolver*, dijo á su compañero un individuo chiquitín que pasó á mi lado, y como es de noche le pego un tiro, si le encuentro.

— Esta noche va á haber muchos golpes, decia otro sujeto á otros á quienes capitaneaba, si la Lorenza está con el de la otra noche.

Con tan buenos auspicios creí lo más prudente retirarme á mi casa, y tomé por la calle del Sordo.

Al llegar á las Cortes destacóse de la verja un bulto que se me puso delante, dando *traspieses*, como diria un radical superior á los escrúpulos gramaticales, y con voz avezada al vino, me gritó.

— Diga V. ¡Viva la libertad!

— ¡Hombre! le contesté, en eso venía pensando ¡viva la libertad! ¿Está V. contento?...

Y levanté el baston imitando á aquel liberal que levantaba el garrote.

— Es que yo soy muy liberal, dijo á tropezones, y se cayó en las piedras hecho un pellejo.

Con que me parece que me divertí en la verbena de San Juan.

Á LA PRENSA.

Se nos remite para su insercion el siguiente llamamiento á la prensa en favor de un redactor que ha sido de varios periódicos, del cual hablábamos ya en el número anterior. Recomendamos á la prensa estas líneas:

«Al trazar estas líneas, nuestro corazon se agita bajo la influencia de una sensacion dolorosa.
 Los porta-estandartes del progreso, los propagadores de

la luz, en una palabra, los infatigables obreros de la prensa, después de arrastrar un presente incierto, abrevado con las hieles de dolorosos disgustos, el porvenir les reserva como premio de sus laboriosas tareas la miseria.

Esta confesión arranca a nuestra alma un doloroso suspiro y hace asomar a nuestro rostro los colores de la vergüenza.

Sugiérenos tan tristes reflexiones la angustiosa situación por que atraviesa nuestro particular amigo D. Angel Campo Diaz, que por largo tiempo se ha dedicado a las tareas periodísticas.

No arrojamos a la plaza el nombre de un desconocido. Campo Diaz, aparte de las publicaciones literarias en que ha colaborado con tanta modestia como talento, ha formado parte en distintas ocasiones de las redacciones de *La Iberia*, *El Diario Español* y *Las Novedades*, y no ha mucho tiempo que en las columnas de este último periódico suscribió una elocuente y sentida carta haciendo un llamamiento a la prensa en favor del desgraciado Carlos Rubio, de quien era intimo amigo.

Campo Diaz es por consiguiente nuestro hermano. Pues bien: Campo Diaz yace en el lecho del dolor, víctima de una grave enfermedad, para la cual la ciencia médica no encuentra otro remedio que las aguas de Panticosa. Pero nuestro desgraciado amigo ha consumido sus escasos recursos en su largo padecimiento, y la dura mano de la miseria está llamando a sus puertas.

Campo Diaz se revuelve en el lecho en una dolorosa impotencia, y lanza gemidos desgarradores, abrumado por la pesadumbre de la desgracia.

Hay otra circunstancia que hace más afflictiva la posición de nuestro hermano de la prensa: es jefe de una familia que comparte con él sus tribulaciones y miseria.

Compañeros de la prensa: ¿debemos dejar morir a un hermano que necesita de nosotros? ¿Podemos dejarle abandonado a sus terribles angustias?

¡Ah! no; tendámosle una mano y arranquémosle de las garras de la desesperación y la muerte.

Es un hermano nuestro el que gime: hagamos un esfuerzo y salvémosle.

Que cada uno ponga de su parte lo que pueda y cumpliremos con un sagrado deber, llevando dulces consuelos al alma de nuestro hermano, amargada por la desgracia, y arrancándole a una muerte cierta.

CASCABELES

En la verbenita de San Juan hubo algunos asesinatos, un niño muerto por un cohete disparado por un gracioso y otras barbaridades.

Pueblo, pueblo, por Dios, diviértete con juicio y no des que decir.

Voy desconociendo a los progresistas al ver que en esta crisis no se les ha ocurrido arreglarlo todo con un banquete en Fornos.

Yo no sé para qué se ha promovido esa crisis.

Para ministros progresistas, ó cimbros, ó unionistas ressellados, lo mismo dá que sean estos que los otros.

Lo malo es la sistema.

Becerra defendió el otro día a los sublevados del 22 de Junio, y dijo que no cometieron asesinatos.

No; mataron a los oficiales en el cuartel y a alguno en la calle, pero esos no son asesinatos, son manifestaciones enérgicas de los derechos individuales.

Y un hombre que confiesa haber estado entre los sublevados del 22 de Junio, y aplaude aquellos hechos, ha sido ministro y lo volverá a ser.

La Iberia felicitó el sábado a D. Víctor Manuel por la batalla de Solferino.

Nada, que tenemos todos que rendir pleito homenaje al rey de Italia, porque así les parece a los progresistas. ¿Cómo no pondrían farolitos el sábado?...

Parece imposible que hayamos llegado a tal punto que Ruiz Zorrilla sea un gran personaje y un oráculo.

Todo lo que ha dado de sí la revolución es un Ruiz Zorrilla.

¡Bonita revolución!

En el número del 30 de este mes concluye el tomo III de *Los Niños*. Esta notable Revista de instrucción y recreo, es el mejor libro que puede ponerse en manos de la infancia y de la juventud. Está escrita por los principales autores, ha publicado una preciosa colección de páginas autógrafas de los hombres más eminentes de España, las cuales contienen sabias máximas morales, y más de 300 grabados de los primeros artistas españoles. Los tres tomos de *Los Niños* constituyen el mejor, más elegante y útil regalo que puede hacerse a un niño.

Los tres tomos cuestan en Madrid 72 reales, y a provincias se remiten a quien envíe a nuestra administración una libranza de 21 pesetas.

En el próximo Julio comienza el tomo IV.

La suscripción pueden hacerla, los que no quieran to-

mar lo publicado, a contar de 1.º de Julio a fin de Diciembre, que terminará el tomo IV. Cuestan los seis meses de suscripción 22 rs. en Madrid y 28 en provincias.

Pero, ¿y la hacienda?

Yo no sé cómo se va a pagar el semestre, yo no sé cómo se va a salir de esta penosa situación financiera.

Esa es la cuestión más grave, y nadie se preocupa de ella.

Estamos empeñados hasta los ojos, y sin una peseta.

Con que me parece que el día que venga la *Commune* a coger lo que haya, no va a encontrar mucho.

Siempre es un consuelo.

Dice Rojo Arias que los destrozos hechos en la noche progresista de los farolitos no llegan a un centenar de duros.

¡Ah! entónces que siga, que siga siquiera hasta que lleguen a 500 ó a 1.000 duros.

Por supuesto que dicho señor no habrá pagado con su dinero la reparación de los destrozos.

Nunca ha habido en Madrid más agentes de seguridad de todos colores, y nunca ha habido menos seguridad en Madrid.

Esto parece absurdo así a primera vista, pero no lo es considerando que lo absurdo es lo natural y lógico en diciendo que hay gobierno progresista.

Mucho nos satisface que un periódico tan importante y autorizado como *La Época*, diga espontáneamente lo siguiente a propósito de *Los Niños*:

«Cada día publica mejores artículos y grabados el excelente semanario que con tanto acierto dirige el Sr. Frontaura, semanario que si bien lleva el título de *Los Niños* por estar a ellos dedicado, algo y aun algo puede aprender con su amena lectura la generalidad de los adultos.

Los padres de familia que quieran convencerse de la verdad de nuestras palabras, no tienen más que examinar alguno de los números publicados, y estamos seguros de que bastará este exámen para que nos den la razón por completo.»

Hemos dicho que *La Época* publica espontáneamente las anteriores líneas, porque nosotros no tenemos por costumbre enviar sueltos a los periódicos ni el sumario siquiera de los números de *Los Niños*.

También *El correo militar* elogia esta publicación con benévolas frases que agradecemos.

Pero señor director de Comunicaciones, ¿dónde diablos están los dos paquetes de pliegos de *Los Niños* que certificados enviamos el 29 de Mayo a Barcelona, y todavía no han llegado?...

¿No le parece a V. E. pesada la broma?

Jamás se han dado tantas cruces como ahora.

Nunca ha habido tantos coches gratis como ahora.

Nunca se ha gastado más dinero.

Nunca ha habido más tiranía que ahora, puesto que no hay libertad ni para poner un farolito en el balcon.

Pues entónces, ¿qué diablos de democracia es esta?

No es democracia, no señor, es disparatocracia.

¡Hombre! ¿y qué resultó de aquello de la agencia para proporcionar cruces por tanto más cuanto?...

Nada.

Pues bastante hemos hablado.

Dicen los periódicos que un caballero empleado en el hospital militar se ha fugado con 90.000 pesetas.

Las bromas, pesadas ó no darlas.

La ópera cómica *Haydée*, estrenada en el circo de Rivas, tiene algunas escenas muy bellas, y está presentada admirablemente. Las decoraciones son preciosas.

Alentado por el éxito que ha obtenido su libro *Lecciones de mundo* nuestro amigo D. Teodoro Guerrero, tiene ya en prensa otro libro de educación, que no dudamos en asegurar que obtendrá el mismo resultado que aquel. A su tiempo anunciaremos este nuevo libro, cuyas bellas páginas serán sabrosísima y útil lectura para los niños.

Llamamos la atención sobre la carta del Sr. Loygorri, uno de nuestros marinos, perteneciente a una de las familias más distinguidas de España, en los favorables resultados obtenidos con las *pastillas Belmet*, y que publicamos en la sección de anuncios.

SOLUCION DE LA CHARADITA DEL NUMERO ANTERIOR.
Pues señor, claro se nota que esta triste situación tendrá por resolución la tr. menda *bancarola*.
Un economista librecambista y progresista, que es tod. lo que hay que ser.

CHARADITA.

Mi primera dijo el grillo cuando topó con la grilla, y hallas mi segunda en una enfermedad cruelísima, que en la juventud se lleva a muchachas muy bonitas y a mancebos que esperanza son del mundo y sus familias, y me parece que el todo de esta pobre charadilla está más claro que el agua... Con que a ver si lo adivinas.

ANUNCIOS

NO MAS TISIS.



PASTILLAS DE BELMET

CONTRA LA TISIS Y TODA CLASE DE TOSSES.

Dos años acaba de cumplir en que una dichosa casualidad nos hizo adquirir la benéfica planta descubierta en una de las montañas del Pirineo por un pastor del rico propietario Sr. Belmet, quien en un grado incipiente de tisis, cansado de sufrir, quiso suicidarse con una planta que conocia nociva para el ganado, y que vino a ser su salvación. Planta que, aplicada luego empíricamente por el Sr. Belmet produjo bienes inmensos a sus convalecientes en las afecciones de pecho. Planta que, sujeta por nosotros a los ensayos de la ciencia, nos ha proporcionado un producto que en forma de pastilla hace dos años venimos sirviendo a un crecidísimo número de enfermos de toda clase de enfermedades del pecho, habiendo obtenido los más felices y prontos resultados, y que podemos comprobar con cien y cien cartas suscritas por farmacéuticos, médicos y enfermos, muchas de las cuales publicamos en la actualidad, limitándonos aquí a manifestar la que se nos remite por el alférez de marina del vapor de guerra *Leon*, Sr. Loygorri, y para dar cabida a esta, retiramos la que venimos publicando, suscrita por D. Tomás Ferrer y Alegre, interventor jubilado del patrimonio en el Pardo.

Cartagena, 30 de Abril de 1871.

«Muy señor mio: Profundamente agradecido por el prodigioso éxito que he alcanzado con sus maravillosas pastillas de Belmet, me tomo la libertad de dirigirla esta carta, para que de ella haga el uso que guste. Hace algun tiempo que sentia un fuerte dolor de pecho que me molestaba muchísimo, particularmente al toser; vine a este puerto para embarcarme en el vapor de guerra *Leon*, y un querido compañero de mi buque, llamado Salvador Montaner, tuvo la feliz ocurrencia de recomendarme sus pastillas, que me han producido un efecto milagroso, pues en poco tiempo he llegado a quedar completamente bueno de las molestias de mi pecho, y empiezo a tener apetito y a recuperar las carnes, que la enfermedad me habia hecho perder.

«Aprovecha esta ocasion de mostrarle agradecimiento y respeto su seguro S. Q. B. S. M.—Federico de Loygorri.»

Las pastillas de Belmet se expenden en Madrid, en las farmacias de D. Vicente Saiz y D. Félix Montero, calle del Pez, núm. 9, y Corredera alta, 5, los cuales se encargan de su remisión a todas partes.

Precio de la caja, 30 rs. En los pedidos de seis cajas en adelante, se rebaja el 25 por 100.

NOTA. Todas las cajas que no llevan las firmas Saiz y Montero, y además la litografía del pastor que va al respaldo de cada caja, son falsas lo cual ponemos en conocimiento de todos nuestros depositarios y enfermos que de ellas hagan uso.

DEPOSITARIOS.

Alicante, farmacia del Sr. Rodriguez Hernandez.—Almendralejo (Badajoz), droguería del Sr. Gonzalez.—Almería, farmacia del Sr. Rivas.—Altea (Alicante), D. Juan Ripoll.—Avila, farmacia del Sr. Rodriguez.—Bilbao, farmacia del Sr. P. Ido, Cruz.—Cádiz, farmacia del Sr. Martos, San Francisco, 25.—Córdoba, farmacia del Avilés.—Benia, farmacia del Sr. Comerna.—Gerona, D. J. Vila, farmacia de Sombola.—Granada, farmacia del Sr. Perez Rubio, puente del Carbon.—La Carolina (Jaen), farmacia del Sr. Padilla.—Las Palmas (Canarias), farmacias de los Sres. Lizana y hermanas Bernetas.—Logroño, farmacia del Sr. Zardoya.—Málaga, farmacia del Sr. Prolongo.—Madrid, farmacia de los Sres. Simon, Caballero de Gracia; Miquel, Arenal 2; Ulzurrun, Imperial, 4; Rodriguez Hernandez, Mayor, 29; Ferrer, Montera, 51; Borrell, Puerta del Sol; Moreno, Mayor, 93.—Oviedo, farmacia del Sr. Marlinez.—Patencia, farmacia del Sr. Fuentes, Mayor, 114.—Pamplona, farmacia del Sr. Colmenares, Bolserias, 18.—Santa Coloma de Farnes (Gerona), farmacia del Sr. Glascar.—San Sebastian, farmacia del Sr. Usabiaga.—Santiago, farmacia del Sr. Blanco Navarrete.—Sevilla, en Triana, farmacia del Sr. Delgado.—Tadavera de la Reina (Toledo), farmacia del Sr. Lizana.—Torrijos (Toledo), farmacia del Sr. Belanzon.—Valencia, farmacia del señor Fabiá, San Vicente.—Valladolid, farmacia del Sr. Reguera.—Vega de Pas (Santander), farmacia del Sr. Pelayo.—Vigo, farmacia del Sr. Varela.—Victoria, farmacia del Sr. Arellano, Postas, 7.—Zaragoza, droguería del Sr. Jordán, plaza del Mercado.

PASTA PECTORAL DEL DR. ANDREU, remedio seguro para todos los que padecen de

TOS estorros, ronqueras y demás afecciones de pecho agudas y crónicas, facilitando siempre la expectoración. **TOS**

Es el medicamento mas cómodo, agradable y de resultados tan eficaces, que a las primeras pastillas el enfermo siente ya un gran alivio.

Se vende en Barcelona, Farmacia del Dr. Andreu, Bajada de la cárcel, 6.—Madrid, Dr. Simon, Caballero de Gracia.—Sevilla, Botica de Lopez Blesa, Plaza de la Encarnacion.—Valencia, Dr. Alño, plaza de Calatrava.—Zaragoza, doctor Miret, calle de las Danzas.—Valladolid, Farmacia de Huerta.—Pamplona, doctor Colmenares.—Santiago, M. Blanco Navarrete.—Logroño, D. Zardoya y Mahon, Dr. Treixidor.—Farmacia de Ubon, Ciudad-Real.—Farmacia de Bellido, Alicante.

ADVERTENCIA. Los enfermos de tisis que se hallen ya en el último periodo de su enfermedad, hallarán solo en nuestra pasta pectoral un notable alivio en los accesos violentos de tos, sin detener no obstante el curso de una enfermedad tan terrible, cuya curación desconoce completamente la ciencia hasta el día. Dr. Andreu. (3)

MADRID.—1871

IMPRESA DE EL CASCABEL, CALLE DEL CID, 4, (BARRIO DE REGOLETOS.)